desde julio 2023

Una incursión en la poética pictórica de Mónica Ostzega

10.11.2026

Javier Marín

¿Puede haber algo similar entre escribir y pintar? Creemos que sí; no pocas veces hay que enfrentarse a la página o al lienzo en blanco con la convicción de que es uno de los últimos refugios para la supervivencia, así que debemos aferrarnos a ese vacío como sea. Escribimos, pintamos, componemos con esa esperanza o consuelo, aun sin público a la vista, o mejor todavía, sin esperar nada. En una época marcada por la tiranía de la inmediatez, la artista plástica Mónica Ostzega propone un repliegue radical: habitar el margen, el silencio del taller y, sobre todo, el espesor ancestral del bosque. A través de una serie de obras que oscilan entre el expresionismo figurativo, la abstracción lírica y el postimpresionismo, Ostzega despliega un territorio pictórico donde la naturaleza deja de ser un mero objeto de contemplación para convertirse en un organismo vivo, herido, emocional y político. En este artículo quisiéramos recorrer ese territorio a partir de la observación (mediada, diletante) de esos campos de batalla de colores y materia, y acompañarlos de algunas reflexiones y palabras de la artista, cuyo manifiesto poético funciona como un anclaje para descifrar las capas de sentido de su obra.

El bosque antes del hombre

"Cuando la especie humana aún no existía los bosques ya habitaban el planeta desde hace casi 400 millones de años... Dinámicos y en equilibrio se desarrollaban con leyes propias sin la intromisión del ser humano... así devino el oxígeno, el agua, las raíces, los suelos minerales, la luz, las sombras, el color y... la pintura". — Mónica Ostzega

En la cosmovisión de la artista, la pintura no parece brotar de la cultura, sino de la geología y de la biología. En su obra, el bosque no es una simple estampa romántica,

sino una civilización silenciosa, una red de hongos, raíces y follajes regida por la inteligencia de la naturaleza, un gigantesco ser viviente, ramificado, palpitante, con una autoconciencia que podemos sentir e intuir pero que no nos está permitido conocer. Esta dimensión se aprecia en «**Mujer en el bosque**», una obra estructurada a modo de un díptico discontinuo. Si la leemos de izquierda a derecha, siguiendo el orden de lectura habitual, encontramos un plano que introduce una figura esbelta, de connotaciones impresionistas, que oscila ambigua entre el tronco muerto, el vestigio arquitectónico y el espectro humano que asoma a la derecha, como una lúgubre metamorfosis del entorno.

La línea vertical central, marcada por la propia separación física de los soportes, actúa como una herida o una discontinuidad temporal. Aquí, la artista busca evocar la humedad, la corteza, el desgaste y el tiempo sedimentado.



Mujer en El Bosque
Mixta sobre papel madera
18 x 26 cms - 36,5 x 23,5 cms con marco y vidrio

En palabras de Ostzega, "es una (humilde) versión- homenaje a Vincent Van Gogh de su obra original «Muchacha en el bosque» realizada en papel pegado sobre lienzo, de pequeño formato; una paleta práctica con «colores sanos», cuya preocupación fue componer el espacio de manera tal que se pueda respirar, pasear y oler el bosque, según la carta de Van Gogh a su hermano Théo". Y continúa: "En esta versión realizada sobre papel madera anuncia al bosque desde el soporte elegido. Ya Aristóteles nombra Hyle en griego a la materia-sustancia cuando habla de la dicotomía entre materia y forma, y originariamente significaba bosque, la materia-madera tiene la misma raíz de

mater=madre. La grieta que separa la imagen y rasga el papel deja respirar en el oscuro bosque a esos personajes que aparecen y a la vez se mimetizan con los troncos de los árboles, la umbría del bosque cobija encuentros desde tiempos inmemoriales. Esta es la única obra de esta selección donde utilizo el dibujo; las demás pinturas están trabajadas a partir del color y su vibración, indagando si es posible conformar la estructura, las formas y la composición de cada pieza con solo el color".

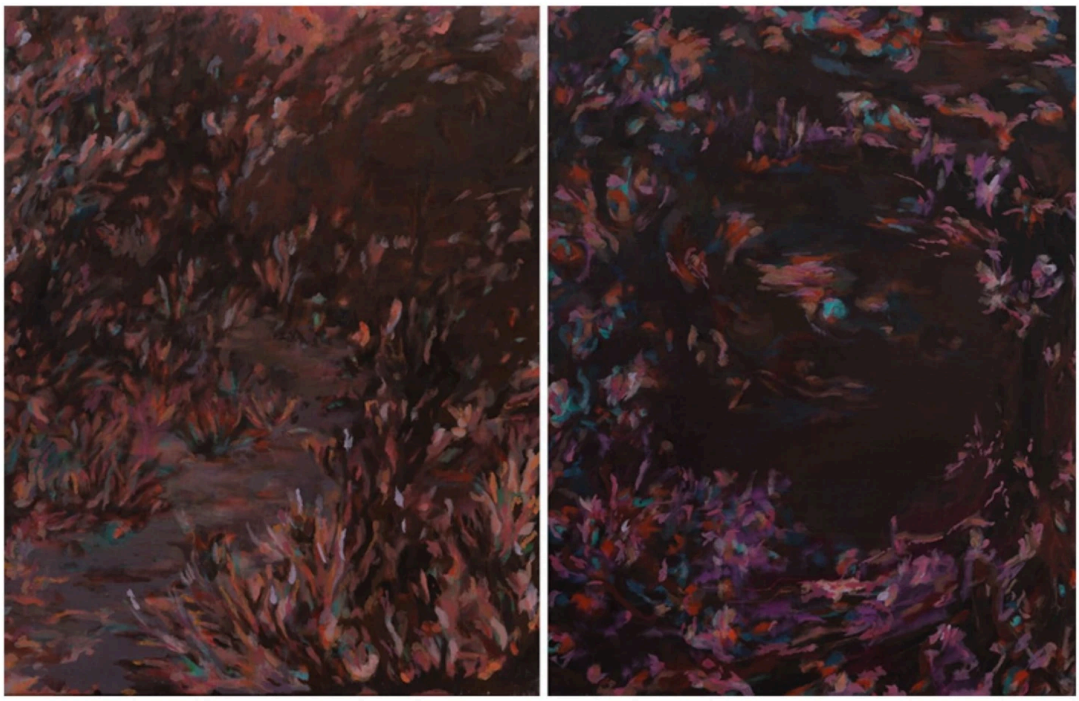
La pintura pertenece al trayecto artístico "Clásicos, homenajes y *covers*"; aquí se cruza con esta selección de piezas por su temática.

Temblor cromático

En «**Siempre fue el bosque**» y «**Casita de ramas**», Ostzega construye el espacio mediante pinceladas breves, nerviosas y yuxtapuestas. Las plantas, los senderos y los matorrales no se dibujan; emergen a través de una vibración visual donde conviven colores y tonos intensos. No estamos ante paisajes naturalistas, sino ante una naturaleza interior, densa, húmeda, inquietante, complotada. En «**Siempre fue el bosque**» asoma una coreografía tribal; en «**Casita de ramas**» se enciende la naturaleza desatada. En ese contrapunto de oscuridad y colorido, las zonas sombrías de «**Siempre fue el bosque**» dialogan con los estallidos cromáticos de «**Casita de ramas**» que también evocan la ira gestual y la libertad emocional de Vincent van Gogh.

Respecto a «**Casita de ramas**», Ostzega señala que "está iluminada; las capas de color transforman los tonos y sus matices en explosión de luz, al llegar a las pequeñas pinceladas, estas van construyendo, cual pájaro una casa de ramas que flota gravemente sobre un paraje naranja (casi) de fuego. Esta obra pertenece al trayecto «**Una pequeña casa**», que indaga sobre la metafísica del habitar el mundo".

"Ambas pinturas se interrelacionan en cuanto a los trayectos de investigación relacionada con los bosques y sus enigmas —afirma Ostzega—. Hay un tiempo detenido en distintos estados de color-ánimo-pensamiento que van construyendo capas de sentido y color. «**Siempre fue el bosque**» se pregunta: ¿es atrás o adelante? ¿es figura o fondo? ¿es hoy o siempre? ¿es claro u oscuro? Pintar entre los árboles de la noche con su humedad y misterio... ¿me envuelve o sobrevuela? ¿me abduce o protege? Y esos destellos, ¿qué anuncian?"



Siempre fue El Bosque (díptico) – 2024
Óleo sobre tela
90 x 70 cms c/u - el conjunto 141 x 90 cms



Casita de Ramas – 2025 / del Trayecto Una Pequeña Casa
Óleo sobre tela
50 x 50 cms

En el díptico «**La Naturaleza es la Casa Artística**», recientemente exhibido en el Museo Metropolitano de Arte Urbano de Córdoba, muestra un estilo claramente expresionista, caracterizado por su uso vibrante del color, pinceladas sueltas y un enfoque emocional y subjetivo de la naturaleza. La técnica emplea una gestualidad que transmite movimiento y energía, logrando una sensación de dinamismo en la escena natural representada. El tema central es un paisaje natural, con elementos que evocan vegetación, agua y posiblemente un río o cascada, lo cual sugiere una inspiración en la naturaleza y su belleza salvaje.

La obra está influenciada por artistas como Vincent van Gogh, por su uso expresivo del color y las pinceladas, y por el movimiento impresionista y postimpresionista, que valoran la percepción subjetiva y la emoción en la representación del paisaje.



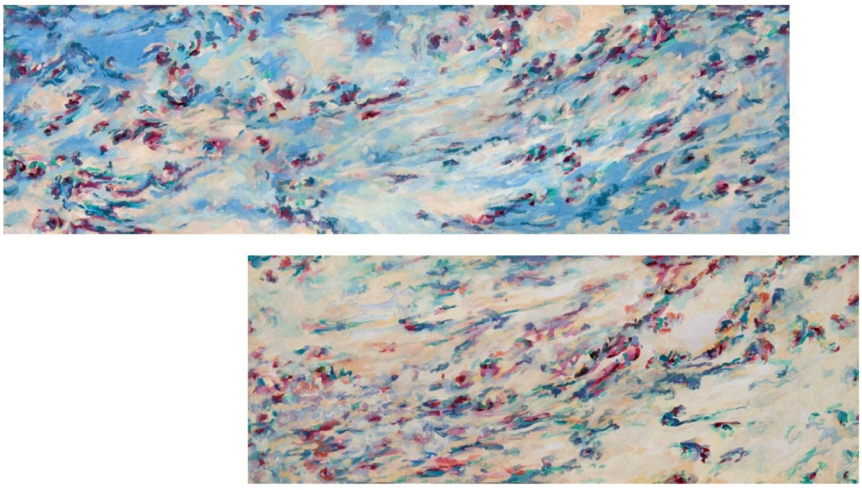
La Naturaleza es la Casa Artística - (díptico) - 2017/2026

Esta misma línea encuentra una expresión más profunda en «**Japonesas**» y «**Un día excesivamente nítido**». La primera, un díptico apaisado que cabalga entre el impresionismo abstracto y la abstracción lírica para disolver las formas sólidas en pura energía lumínica. Los tonos fríos y los trazos de ambas piezas establecen una tensión dialógica mar-tierra, que tiene las delicadas connotaciones de los pareados tan comunes en los haiku.

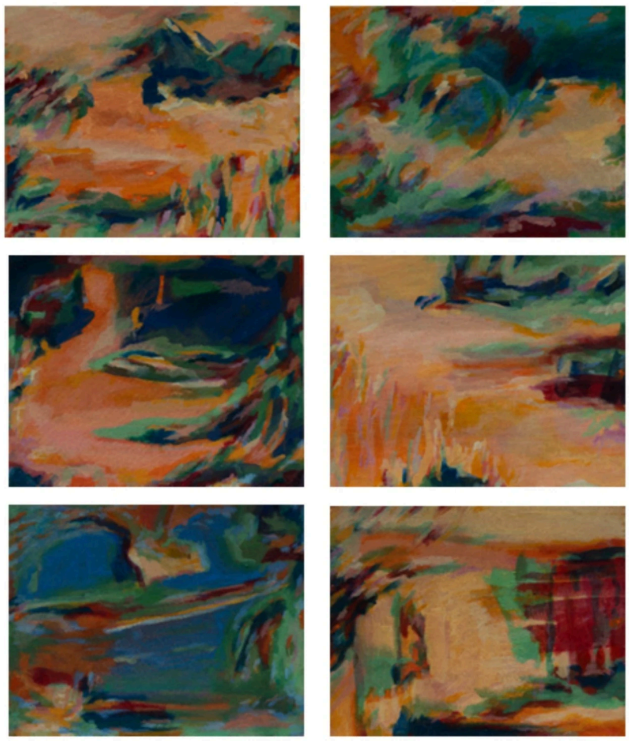
Por su parte, «**Un día excesivamente nítido**» lleva esta fragmentación al límite mediante una matriz de seis paneles independientes. Al dividir la escena, la artista evoca tanto los principios del arte modular contemporáneo como la sensibilidad fragmentaria de la era

digital. Cada pieza funciona de modo autónomo, pero al agruparse reconstruyen la curiosa sensación de estar inmerso en un bosque en movimiento.

Del díptico «**Japonesas**» dice la autora que "intenta levedad y atmósfera sin principio ni fin. Los caracteres pictóricos en el espacio sin teorías ni revelaciones solo dejan pasar la pintura como un acontecer constante -natural -inmanente. Sin pretensiones. Adaptarse al curso – tao del mundo como el agua, el viento-aire, la tierra y el fuego-luz. El tiempo no existe, se repliega".



Japonesas (díptico) – 2017
Óleo sobre tela panaflex, montado en estructura de eucalipto natural trabajada artesanalmente.
(1)Índigo - 164 cm x 44,2 cm / (2) Amarillo – 127cm x 44,2cm



Un día excesivamente nítido (políptico-6 piezas)
2022 /del Trayecto Una Pequeña Casa
Óleo sobre tela (hardboard entelado) con bastidor de madera de pino natural
25 x 20 cms c/u
1-naranjas / 2-verdes / 3-azules / 4-amarillos / 5-celestes / 6–rojo carmín

El fuego interior: monocromía y espacio emocional

En «**Naturaleza**», la inmersión se vuelve más abstracta, dominada por las múltiples tonalidades del rojo rozando los abismos del negro. Al abandonar la figuración, la obra funciona como un campo cromático y tonal. Las capas superpuestas y la ausencia de contornos precisos nos remiten a la obra de Mark Rothko. El centro relativamente despejado, circundado por una mayor densidad de masa en los bordes, genera una atmósfera envolvente. El rojo aquí no es solo color: es fuego, es sangre, es materia orgánica, es una tragedia escindida de su configuración narrativa; no huye de la realidad, sino que intensifica las emociones que suscita.



Naturaleza – 2010 - 26 / del Trayecto Estar en Rojo
Óleo sobre madera
90 x 80 cms

Ostzega afirma sobre «**Naturaleza**», del trayecto «**Estar en Rojo**», que pretende "vaciar el centro y trabajar desde y hacia los bordes. El dinamismo de lo cóncavo y los convexo – salimos al nacer – entramos al morir. La superficie se curva hacia el centro – el interior está iluminado. La verdadera puerta está escondida y no es revelada. Sólo la he rozado contemplando la mente... Pintar es un acto mental, de corazón y de desgarro".

La manzana de Cézanne y la tarea del espíritu



"*¿Y... la manzana de Cézanne?* —se pregunta Ostzega—. *Ella trae referencia/gesto/símbolo al preguntarme por las condiciones de la existencia del arte y los artistas, la visión ecológica, el deseo, el género, la ética... de la pintura y las constantes indagaciones y dudas... La manzana alumbra la tarea del artista espiritualista, que navega en las oscuridades de los bosques anímicos, físicos y pictóricos*".

En el corazón teórico y poético del universo de la artista asoma un símbolo: la manzana de Paul Cézanne. Una obra, que, según nos recuerda D. H. Lawrence, plantea un giro copernicano en el arte occidental; por primera vez en siglos se empieza a reconocer la existencia autónoma de la materia, en lugar de subordinarla a ideas, moral o emoción subjetiva. Lawrence sostiene que las manzanas de Cézanne son "un verdadero intento por dejar que la manzana exista en su propia entidad separada, sin impregnarla con emoción personal". Para el escritor británico, el gran esfuerzo de Cézanne fue "empujar la manzana lejos de sí y dejar que viva por sí misma".

En contraste con esas coordenadas existenciales, la artista nos recuerda que vivimos tiempos marcados por el imperio de las pantallas, la fatiga crónica, el agotamiento existencial y la aceleración tecnológica. Y frente a ese panorama de "estupidez y desconcierto reinante", propone la lentitud radical del taller, el trabajo en los pliegues, la soledad creadora y el "habitus boscoso", volver a las cosas en sí, dejarlas ser, merodearlas y habitarlas. Pintar se vuelve un acto político y de insurrección, rechazar la sobreexposición mediática y habitar una "casa enjalbegada y solitaria" en el corazón de la manzana. Desde allí, sentada bajo un árbol metafórico, la artista fabrica el tiempo: "lento, caritativo, multidireccional".

Para Ostzega, "la insurrección implica volver (o ir) al bosque del que venimos, un territorio pictórico donde la naturaleza deja de ser un mero objeto de contemplación para convertirse en una envolvente inconsciente , enigmática, desconocida, indómita que reside más allá e independientemente de la existencia del ser humano. También regresar al paisaje psíquico de los sueños y el tiempo otro de los niños abandonados en los bosques salvajes que alimentan, protegen y/o devoran. Los bosques como morada de las divinidades del cosmos".

Hacia un mundo nuevo

La obra pictórica de Mónica Ostzega, respaldada por este corpus de obras moduladas entre la figuración y la abstracción, nos invita a recuperar el vínculo espiritual y físico con la tierra. Sus telas no pretenden ilustrar la naturaleza, sino hacerlas un objeto

autónomo. Al final del recorrido, las palabras de la artista resuenan como una declaración de principios estéticos y humanos: "*El bosque no nos pertenece, es un acto ético per-sé... es una historia de resiliencia y transformación constante, al igual que la del artista y el arte... El bosque atrapa la infancia, en donde encuentro todo lo que necesito para respirar, crear universos y brindarlos como una humilde contribución para la invención de un mundo nuevo. Una pintura-un poema es una señal de inocencia en ese mundo nuevo*".



Javier Marín

Exploraciones →
